

muere un hijo, he aquí el tema, la obra. Y confesemos que el tema se presta para abusar en muchos sentidos de él. Lo que hay que apreciar en el autor es, precisamente, la certeza para llevarlo adelante sin trascendentalismos, sin retórica filosófica o lírica, ajustándose a la sobria línea de su narración con la perfecta noción de lo que es capaz de hacer para dar sensación de realidad al tema, al personaje y al medio en que vive.

Un esfuerzo así entendido, es fruto de una recia moral de artista. Toda obra acaso no sea más que eso: una experiencia para las posibilidades de su autor y, del mejor o peor resultado de esta experiencia, han de derivarse sus méritos o sus defectos.

Para juzgar a Durand, en consecuencia tendremos que situarnos en el propósito del autor sin intentar la realización de su obra que se infiere fácilmente de su lectura misma.

De este propósito, por las observaciones el interés en la lectura el tipo humano que retrata la naturalidad del relato, la mayor hondura psicológica, el corte más audaz de la factura concebida un poco a la manera de Mauriac, la mayor fuerza de su frase aun no del todo purificada de vulgarismos, resulta una obra de méritos indiscutibles para la crítica, que muy lejos de desmerecer la calidad alcanzada por el autor anteriormente, presenta nuevos aspectos de su personalidad y hace aparecer su obra con mayor interés y densidad vital, como en constante aspiración hacia nuevas fórmulas de técnica que la hagan más profunda, humana y verídica.—HÉCTOR FUENZALIDA.



<https://doi.org/10.29393/At139-14CVNO10014>

NOTAS por *Carlos Vattier*

*El Congreso de Escritores de Buenos Aires.—Notas e imágenes, por Domingo Melfi.—Domingo Melfi llevó su cultura viva y el prestigio de su personalidad a Buenos Aires. Su elección como representante de Chile ante el Congreso de Escritores*

nos dió plena confianza, pues coñocíamos su íntima distinción y habíamos obtenido, durante años, óptimos frutos de todas sus interpretaciones de los problemas americanos y europeos. Su discurso rebasó nuestras esperanzas. Mirando retrospectivamente, extrajo el contenido social de los valores americanos, para ponerlo de manifiesto ante la retina dilatada de aquellos europeos que, en realidad, se interesan bien poco por nuestros conflictos literarios o políticos. Llamó la atención a Melfi la alacridad, la seguridad y el fuego hasta la diatriba de aquellos escritores, cuyas altas torres han sido perforadas por el ariete de la lucha social. Cómo resaltaría su pasión inteligente junto a la mar boba de la idiosincrasia indoamericana. Y no significa esto que tengamos una petulancia de conquistadores o de *pioneers*, sino que no somos aún los matricidas de la verdadera civilización. Europa no nos ha regalado todavía ni la milésima parte de sus conquistas espirituales. Las imágenes del libro de Melfi son de una incisiva grabación psicológica. Una vez más admiramos la elegancia latina y la pureza de su prosa.

---

*Cantoral*, poemas de Winet de Rokha.

Lo anedóctico y lo descriptivo de buena ley provalecen aún en su poesía, a pesar del advenimiento interno de un fenómeno absolutamente poético. Y tal es la calidad de este fenómeno que los elementos históricos y hasta circunstanciales de sus poemas últimos emprenden un vuelo de estricta importancia. En *Formas del sueño* y 1936, comienza a abrirse la veta rica de Winet. Lo genuino y lo íntimo familiar adquieren, por fin, un prestigio necesario en esta madre admirable de los mejores hijos, de los mejores días. Cómo se aleja con su fru-frú de blondas ajadas—leyendo a Winet de Rokha—este rosado batallón americano de literatas a crochet. El gran mérito de Winet consiste en haber convertido su finura innata en un armadura y deslumbrante. Y esas conquistas sólo se hacen cuando

la humanidad y la vida han clavado en el centro de nuestro pecho su bandera roja y palpitante.

---

*Cauces de la voz*, poemas de Francisco Santana.

Hay una placidez y una conformidad inenarrables en estos versos—¿cómo los llamaríamos?—agrestes.

---

*Mar amargo*, novela de Benjamín Subercaseaux. Tirada aparte de «Atenea».

Subercaseaux se mueve en la novela con destreza singular. En sus inquietantes relatos de viaje, se advertían ya sus dotes de narrador recio y desenvuelto. Sabe entretener bajo la supervigilancia de sus cinco sentidos. Y qué gran cosa es ésta, en la era de las novelas sumas, que son verdaderas jornadas de labriego para el lector. Sensible al medio ambiente hasta el dolor, Subercaseaux nos da siempre el panorama y el substrato de todo. Tiene el don de hacer proliferar nuestras sensaciones y de tonificar con su calidad nuestros sentimientos. En «Mar amargo», apasionante historia de a bordo, parece cuajarse toda la sal del mar. Ha creado en él cuatro personajes prodigiosamente vivos e inolvidables. El mejor homenaje que podemos hacerle los de tierra adentro, es haber contribuído con nuestras lágrimas a la perfección de su relato. Intimo amigo de los cinco mares, Subercaseaux es, sin duda, el más interesante de nuestros novelistas «au grand large».

---

*Horizonte despierto*, poemas de Gerardo Seguel.

El combate es el padre de todas las cosas, dice Heráclito

de Efeso. Ahora es también el padre del libro de Gerardo Seguel. Por tanto, los floreos puramente literarios alrededor de sus poemas están, de antemano, fuera de combate. Deberán celebrarlos o atacarlos con virilidad y grandeza de alma. Por nuestra parte, deploramos no contar con el espacio suficiente para manifestar in extenso a Seguel—el noble soldado de los ideales imperiosos—la gran consideración que nos merecen su vida y su obra.

La voz alta y conmovedora de sus poema es una exhalación del sacrificio voluntarioso y de los sacrificados. Todas las potencias de Seguel están puestas al fuego lento de la lucha, por eso los sentimientos le sirven de válvula de escape y de apremiantes llamados. De lanzas es su romanticismo, no de plumajes. La fácil accesión a su poesía—dueña de todo un secreto y fascinante caudal—hace participar en una misma comunión de arte a la masa con esa *élite*.

---

*Libros de Jean Emar.* En los buenos libros siguen los dones de la vida. Nunca es tarde para recogerlos y paladearlos, En *Milín, Ayer y Un año*, Jean Emar extrae de la realidad más concreta un flúido casi feérico. El plano aéreo en que se desata y descansa con toda su corporeidad la creación de este autor sorprendente, debe su resistencia a la energía de su ponderación. A fuerza de realismo, se llega al surrealismo, no de fantasía orfeica. La morosidad comunica a Jean Emar la misma dosis de placer e iluminación que las esperas interminables a los rusos. Su gracia no estriba en el chiste decidido ni en el *humour*, ni en la paradoja, sino en proyección intencionada hacia la metafísica de lo ridículo *per se*, de lo demasiado serio o simplemente estrambótico. Su torre de silencio se alza—por arte de magia—hasta donde el clamoreo y los aspavientos son ya intolerables. *Glissez, glissez, mortels, et n'appuyez pas trop.*

---



*Total, revista de arte y poesía.* Dirige Vicente Huidobro. Tesis. Antítesis. Síntesis. Tres cosas distintas y una sola cosa no más.

Los nueve colaboradores del primer número de esta revista son nueve incontestables síntesis del tiempo. El curioso manifiesto que pregona la cultura total el hombre total—camino abierto estos últimos años y sobre todo en el Congreso Pro Defensa de la Cultura celebrado en París en 1935—fué publicado por Huidobro en la revista *Vertigral* en 1932, en «*La Nación*» de Buenos Aires, el 33. Ahora encabeza esta hermosa revista que interesa leer a los que deseen conocer la poesía y la posición vital de mayor autenticidad que hay en Chile. A pesar del individualismo inconfundible de cada colaborador, acusan éstos, bajo la responsabilidad del prólogo, una actitud única: dar a la masa la belleza que merece. Representan la reacción contra esa dilacerante e inocua sub-literatura de urgencia, en adaptación a la pretendida inferioridad artística del proletariado. Sus facultades están comprometidas con el fragor explosivo de la época. Y debe ser así. Agradecemos el esfuerzo de Huidobro y una vez más admiramos la maravillosa juventud de su poesía.—CARLOS VATTIER.



NUNCA, poemas por *Eduardo Lecourt Mella*, Editorial Nascimento, Santiago.

La Poesía es una diosa coqueta y picaresca: hasta al más santo de los varones suele tentarle. ¿Y cómo no había de suceder así, si llega sigilosamente y bajo distintas apariencias hasta el solitario mortal y le puebla el espíritu de cálidas visiones? También el mortal se empeña a su vez en seducirla, y a veces la halaga con líricos requiebros o la empalaga con suspirillos románticos. O bien, trata de rendirla con anacrónicas inflexiones